

LOS PRIMEROS PADRES.

Dios prevé todas las cosas; mas por lo mismo que su eternidad no admite la precipitación, todo camina en Él con madura gravedad. Entre la primera idea concebida, ó mejor dicho, inspirada en la gruta de Manresa, y la primera palabra pronunciada sobre las cumbres predestinadas de Montmartre que dominan á París, y desde lo alto de las cuales dentro de poco el maravilloso templo levantado al Corazon de Jesús edificará al mundo, medió un intervalo de catorce años.

Menester fué que trascurrieran otros cinco despues de lo sucedido en Montmartre, para que en 1539, conocido por el Papa Paulo III el resúmen de las *Constituciones* de la nueva Orden presentado por Ignacio de Loyola, pudiese en parangon con su mirada infalible las amenazas del mundo con las promesas del cielo, el daño con el socorro, el rayo de esta luz naciente con la victoria del infierno, concluyendo por exclamar: *Digitus dei est hic.*

Y todavía pasé un año hasta la promulgación de la Bula *Regimini militantis Ecclesie* (1) que instituyó canónicamente la Compañía de Jesús.

A los que se maravillan de estos plazos tan largos, fácil es responderles con el texto mismo de las Constituciones, donde el Santo fundador va tan despacio y exige tantos requisitos para hacer un solo Jesuita, como para crear la Orden entera.

Nada, en efecto, tan bello como el respeto, nunca bastantemente alabado, que San Ignacio tenia á su propia obra, instrumento destinado por él al servicio especial é inmediato de Jesús. Ninguna Orden habia exigido hasta entonces, para asegurarse de la vocación y capacidad de sus miembros, un lujo semejante de pruebas largas y dificultosas. Un trabajo verdaderamente infatigable y una paciencia muy ejercitada sirven á la vez en ella de auxiliares y testigos de la gracia. Todo viene allí de Dios, pero mediante el duro trabajo del hombre. Veámoslo: necesitanse dos años de noviciado *sin estudiar* (lo cual supone

(1) 27 Setiembre de 1540.

algunos conocimientos anteriores), para llegar al grado de *escolástico* ó colegial, que se lleva dos años de retórica (y letras), tres años de filosofía (y ciencias), y un año, al menos, de regencia (1); luego vienen cuatro años, y algunas veces seis, de teología, y por último, el año de conclusion, prueba definitiva que se sufre en el retiro, después de la cual es uno admitido de profeso, ó miembro perfecto de la Compañía de Jesús, lo que arroja, dice el Padre Ravignan, citado en el excelente libro de M. Ad. Archier, un *minimum* de catorce años para el noviciado efectivo,—acaso en memoria del mismo período de tiempo que en la vida de San Ignacio separa á Manresa de Montmartre.

Otro testimonio de la estudiada lentitud que presidió á los primeros pasos de Ignacio y de sus hijos, es que entre el voto de Montmartre y la visita al Jefe de la Iglesia, no admitió Jesús más que tres nuevos reclutas en su Compañía, lo que elevó á diez el número total de

(1) Así se llama al profesorado ejercido por el joven religioso.

los afiliados. Los tres nuevos compañeros que con el tiempo debían ser no ménos célebres que los antiguos, llamábanse Claudio Le Jay, de Nancy; Juan Codure, del Delfinado, y Pasquier-Brouet, de Picardía.

A pié, con el rosario al cuello y la oración en los lábios, acompañaron estos á Lefevre, Javier, Laynez, Rodriguez, Bobadilla y Salmeron en aquella peregrinación larga y arriesgada á través de la Alemania protestante, dirigiéndose á Venecia, punto en que les aguardaba Ignacio, y de donde, persuadidos de la imposibilidad de ir á Jerusalem, salieron para Roma con ánimo de visitar al Papa.

Allí, no obstante la buena voluntad del Padre Santo, iban á tropezar con obstáculos de tal manera graves, que no parece sino que la extraña y obstinada resistencia, que debía tener en jaque en lo porvenir, siempre y donde quiera, á la Compañía de Jesús, nacía al propio tiempo que ella y aun antes que ella. A la sazón Roma abrigaba legítima desconfianza contra ciertas Ordenes religiosas, cuya decadencia tantos pretextos había dado á la rebelión, y de las cuales salían apóstatas que desertaban de la bandera de la fé para ir á en-

grosar descaradamente las huestes de la herejía. Tanto había cundido el mal en el claustro, y la relajacion era tan profunda, que el Cardenal Guiddiccioni, el mismo de quien dijo Paulo III al saber su muerte: «Mi sucesor acaba de morir,» había manifestado su opinion de que se suprimieran todas las Ordenes, excepto cuatro.

Justamente á este Prelado, que más que ningun otro le iluminaba con sus consejos, encomendó el Papa el exámen de las *Constituciones* de Ignacio, nombrando además otros dos que le ayudaran.

Guiddiccioni, cuya opinion más bien se fundaba en la malandanza de los tiempos que en el exámen de la nueva Orden, respondió: «No há lugar á conceder la autorizacion,» y los asesores se conformaron con su dictámen.

Y de hecho, la hora de la dispersion no parecia la más á propósito para formar nuevas Compañías: esto en los puros términos de la lógica humana.

Pero en aquellos diez hombres había algo que no era humano. En vez de protestar, alabaron á Dios, y prodigáronse á quien quiso

tomarlos para servicio del Señor, sin exigir nunca nada, y caminando siempre resueltos por el sendero de su acendrada fé.

Así que, separáronse dócilmente para combatir á los sectarios más ardientes de los distintos bandos: Lefevre y Laynez fueron á Parma; Bobadilla á la isla de Ischia; Le Jay á Brescia, invadida por el azote; Pasquier-Brouet á Siena, donde ardía el desórden en los conventos de religiosas; Codure á Pádua; Francisco Javier y Rodriguez á Lisboa, donde aceleraban ya los preparativos de la expedicion que debía hacer glorioso é inmortal el nombre del Apóstol de las Indias.

Sucedió que el Cardenal Guiddiccioni quedó suspenso y admirado por las voces que propagaban la modesta fama de aquellos obreros infatigables que trabajaban en todas las partes á la vez. ¡Y en verdad que la Compañía de Jesús se estremecía y agitaba, como Juan Bautista antes de nacer, en las entrañas de su madre la Iglesia!

Y el sábio Cardenal, que padecía algo de la incredulidad de Zacarías, abrió los ojos al fin. Examinó á conciencia la obra de Ignacio que había juzgado de lijero, y luego de conocida,

entonó, como el padre del Precursor, un cántico de alabanza.

El hombre que había expresado antes que nadie la necesidad de suprimir la mayor parte de las Órdenes religiosas y disminuir las restantes, declaró en voz alta que era bueno, oportuno é indispensable autorizar la Compañía de Jesús, para oponerla de un lado á la corrupcion interior, y de otro á las invasiones de fuera.

Contenia la Bula un resumen muy claro y exacto de las *Constituciones*, lo que daba una amplitud considerable á la aprobacion de la Santa Sede. No solamente se sancionaba el pensamiento de Ignacio en su conjunto, sino tambien en sus detalles, y se convertia al Instituto como en hechura propia de la Iglesia.

Tan pronto como la Bula estuvo promulgada, procedióse á la eleccion de General. El servicio de la Religion tenia alejados de Roma á la mayor parte de los miembros; pero estos votaron por escrito. Los demás, Le Jay, Salmeron, Laynez, Codure y Brouet, reunieron al rededor de Ignacio. Consagraron tres dias al ayuno y á la oracion para implorar la luz del Espiritu Santo, y al cuarto dia Ignacio de

Loyola, por voto unánime de los presentes y ausentes, fué elegido General ó Prepósito, para usar los términos de la Bula.

Ignacio debía esperar este resultado, y sin embargo, quedó aterrado. Desobedeciendo por la primera y última vez, aunque sin rehusar definitivamente la carga que se le imponia, lo que hubiera sido contravenir directamente á la regla por él mismo instituida, combatió cuanto pudo la voluntad unánime de sus hermanos, y pidió una nueva eleccion, que fué igual á la primera.

Este golpe hizole verter lágrimas: tan claro conocimiento tenia del alcance de su responsabilidad; pero cedió al fin. Por entonces entraba en los cincuenta años y hacia cuatro que era sacerdote.

«El dia de Pascua, 17 de Abril de 1540, aceptó el generalato de la Compañía de Jesús. El 22 del mismo mes, despues de haber visitado las basílicas de Roma, Ignacio y sus compañeros llegaron á la de San Pablo, extramuros. El General celebró Misa en el altar de la Virgen, y en seguida, volviéndose hácia el pueblo, ántes de comulgar, y teniendo en una mano la hostia consagrada y en la otra la fórmula

de los votos, la pronunció en voz alta, comprometiéndose además á la obediencia, por lo que toca á las misiones, en la manera que especifica la Bula de 27 de Setiembre. Luego puso cinco hostias en la patena, y acercándose á Laynez, Le Jay, Brouet, Codure y Salmeron, que estaban de rodillas al pié del altar, recibió sus profesiones y les dió la comunión» (1).

«Durante los siete años que he vivido con los Jesuitas, ¿qué he observado entre ellos? La vida más laboriosa y más frugal, repartir todas las horas entre los cuidados que nos dispensaban, y los ejercicios de su profesion austera. Lo mismo que yo atestiguarán millares de hombres educados por ellos; razon por la cual no acabo nunca de asombrarme de que se les acuse de enseñar una moral corruptora.» Estas palabras se escribieron mucho tiempo despues de la fundacion de la Orden, y las cito porque se ha repetido con frecuencia que si la Compañía de Jesús tuvo magnifico principio, no tardó la desmoralizacion en invadirla.

(1) Cretineau Joly, t. I, cap. I.

Doscientos años justos habian trascurrido desde que los Jesuitas se batian en primera fila entre los campeones de la Iglesia, cuando Voltaire trazó aquellas líneas en el mes de Febrero de 1746. Ellas honran á Voltaire, y no hacen más que justicia á los Jesuitas acosados en todas partes por la calumnia.

Voltaire se asombra de que se les calumnie. De poco se asombra. Los que se hallan habituados á seguir la corriente y observar el giro que la pasion filosófica ó política lleva en todas partes, y singularmente entre nosotros, deberian más bien maravillarse de que hubiese un solo instante en que tales hombres no fueran calumniados.

Es de rúbrica entre sus enemigos prescindir en los ataques del origen del instituto y saludar á los fundadores, aparentando cortés imparcialidad. Su primer momento fué bello, y puro, y grande; se conviene en ello, solo que despues no cumplieron las promesas hechas al principio: esto se afirma, y se lamenta.

Por lo que á nosotros hace, trazaremos brevemente la historia de esta segunda época, como en breves palabras expusimos los sencillos acontecimientos que prepararon y acom-

pañaron su aparición en el mundo. Solo que, antes de proseguir este relato destinado á tomar frecuentemente el aspecto de discusión histórica, queremos notar un hecho que tiene su lado bastante original.

No hay una época en la historia de los Jesuitas que, ya por este, ya por el otro de sus detractores jurados, no participe algo del *satisfecit* otorgado á la inocencia; en su comienzo, cada episodio del gran drama que han desempeñado, como Orden, cuenta con apologistas en las filas de sus más implacables adversarios, y causa estupor oír á cada paso á tal protestante, tal filósofo, tal ateo defender á la Compañía de Jesús de tal ó cual imputación inicua de que fué víctima; en términos, que ensartando unas despues de otras esas defensas especiales, esos arrepentimientos de la parcialidad, esos valerosos mentis dados á la estupidez del prejuicio por los arranques del espíritu sincero, tendríamos lo bastante para componer un panegírico, muy abigarrado, es cierto, pero sobremanera curioso y completo de los hijos de Loyola.

Todo el mundo ha hecho como Voltaire una vez en su vida. Despues de haber condenado

y escarnecido superabundantemente y de todo corazón á los Jesuitas en general, ha gritado un día frente á un error demasiado grosero ó de un sectario cuya acusación traspasa los límites: ¡Alto! todo lo demás es cierto, pero *esto* yo no lo admito.

Luego se ve que convertido *esto* en *aquello* para tal crítico y recíprocamente para tal otro, pasan *esto* y *aquello*, es decir, *todo*.

Examinándolo bien, hallareis retazos de apología hasta en los archivos de Port-Royal, todavía mejor provistos de injurias que la farmacia de la Enciclopedia.

Y si esto acontece con los difamadores de oficio, ¿qué podrá decirse de las gentes de mundo?

Al llegar aquí vacilé y no me atrevo á hablar en tono tan decisivo.

Cuando se trata de los indiferentes, débese contar de antemano con un elemento mucho menos leal que la pasión: algo como doblez y perfidia voluntaria, que por urbanidad se apellida prudencia, y en el lenguaje de la franqueza cobardía.

Jamás oireis á un indiferente, sabiendo al estilo liberal, defender á los Jesuitas, á menos

que no le mueva á ello alguna circunstancia especial. Los sábios de esta índole abandonan á los Jesuitas en nombre de los sentimientos piadosos, y *para bien de la Religion.*

Han aprendido la historia de aquella buena madre de familia que en Rusia, viendo perseguido su trineo por una manada de lobos, de cuando en cuando les arrojaba uno de sus hijos *para salvar los otros.*

Les han dicho sin duda, que la buena de aquella madre, habiendo arrojado el último, logró salvarse.

Pero no es cierto. Los han engañado.

Yo á mi vez, afirmo bajo palabra de honor, que tambien la madre fué devorada, y que le estuvo bien.

La sabiduría de los sábios á que me refiero, se llama interés. El interés se compone de un poco de religion, de otro poco de la hombría de bien que se tenga, y yo la supongo perfecta, del puesto que se ocupa, la fortuna que se goza, y de la existencia, á la cual todo tiende por naturaleza.

Al rededor de todo esto, entre nosotros como en Rusia, hay lobos que persiguen.

Si se echan los Jesuitas á los lobos, queda

la Religion, la honradez, el puesto, la fortuna y la vida; y cuando fuera preciso tirar la Religion, todavia quedaria la honradez, que basta para vivir con la fortuna y el rango.

Si los lobos atacan la honradez.....

¡Escuchad! Se trata de una cosa muy vaga. ¿Qué se entiende por honradez?

¡La hay de tantas clases! Y es el caso que no hay más remedio que apaciguar á los lobos.

El rango, por ejemplo, ¡ah! ¡esto es sério! Es menester defenderse. Y se defenderá el rango si es posible.

Y se morirá antes que entregar la fortuna.

Esa es la palabra: *Se morirá.*

Se morirá desde la primera concesion que se hizo y que dió aliento á los lobos.

Y entre tanto, para los indiferentes como para los que creen y aún para los ateos, ¿qué es un Jesuita?

Es un religioso.

¿Y qué es un religioso?

Un hombre que para acercarse al Dios que

adora, se consagra con gusto á ciertos sacrificios, acepta voluntariamente ciertos deberes marcados por una regla, y asegurados por votos que sanciona la solemne aprobacion de una autoridad admitida por todos los católicos, y que se apellida Iglesia.

¿Hay nada más legítimo desde el punto de vista humano? ¿Puede ningun ciudadano hacer un uso más legítimo de su libertad? ¿Con qué pretexto, con qué derecho, el ejercicio de esta libertad será vedado ó restringido?

Juzgais útil y conveniente el procuraros los bienes de la tierra; estais en vuestro derecho. Pero á mí me gusta renunciar á ellos; estoy en mi derecho.

Juzgais útil y conveniente fundar una familia; fundadla, teneis derecho para ello. Pero yo quiero huir de las dulzuras del hogar por sacrificarme á Dios y á los hombres; mi derecho es igual al vuestro.

Juzgais útil y conveniente conservar íntegra vuestra independencia; y os lo permiten. Pero yo que temo á la mia, quiero limitarla. ¿Se me puede impedir?

Ciertamente que no, á menos de imaginar una tiranía á la vez tan imbecil y odiosa, que

fuera menester para encontrarla semejante, buscar en el libro más manchado de nuestros anales sus páginas más afrentosas.

Así se espresa el simple buen sentido, la razon le hace coro, la fé aplaude y la Iglesia aprueba. ¿Y qué dice la historia?

¿Niega, por ventura, que la vida moderna trae su origen de Cristo?

No. La historia nos muestra á los primeros cristianos de Jerusalem poniendo sus bienes á los piés de los Apóstoles para vivir pobremente en comunidad, los desiertos de Egipto poblados de solitarios, el Oriente santificado por los hombres del desierto, el Occidente por los hijos de Agustin, Benito, Bruno, Domingo, padres de esas familias de héroes que han difundido la luz en Europa, civilizado la barbarie, desmontado campos incultos, guardado el tesoro de las letras, resucitado las artes, fundado ciudades y engrandecido al mundo, y á los cuales el mundo ha prodigado en retorno de estos beneficios los desdenes de su ignorancia y el odio de su ingratitud.

Como religioso, pues, el Jesuita no es ni una novedad ni una monstruosidad. Antes que él habia ya religiosos.

Pero se dice: «Sin embargo es un religioso *sui generis*, con un fin especial, una manera de ser que le es propia, con tendencias, obligaciones, usos, que le distinguen de los demás religiosos.»

¡Concedido! Un Jesuita no es Cartujo, Benedictino ó Franciscano, como el artillero es soldado, el coracero también y el húsar lo mismo, sin que el coracero sea húsar, ni el húsar artillero, ni el artillero coracero.

El Cartujo ora en la soledad por el mundo que ha abandonado; el Trapense santifica con la penitencia la noble y ruda labor del campo; el Benedictino emplea su vida en las áridas lucubraciones de la ciencia, ¡muy bien! otros cruzan los mares para llevar la civilización á los bárbaros de Asia y Africa, á los salvajes de América y Oceanía, ó ya con igual arrojo luchan en Europa por la verdad contra el error, por la libertad de las almas contra el despotismo de los hombres y la tiranía de las pasiones. ¿Es malo esto?

La Compañía de Jesús jamás negó que tuviese una misión especial.

Su gloria es haber sido instituida con un fin preciso y claramente definido; ella, ó es bata-

llón sagrado, ó no es nada. Se gloria de ello.

Ya lo vimos; á partir del siglo XVI, un trastorno inmenso se verificó en las ideas; el espíritu de la revolución, como viento huracanado, sopló en el mundo, y después de haber conmovido á la Iglesia, quebrantó bien pronto las instituciones políticas y los cimientos mismos de la sociedad.

Esas grandes tempestades cuyas sacudidas experimentamos aún, denominanse en la historia de los nombres famosos, Protestantismo, Jansenismo, Filosofismo y Revolución.

Lutero, armado de su Biblia truncada, sublevase contra la Iglesia, y da al mundo suspenso el espectáculo de su victoria, rápida como un desastre, inverosímil como una pesadilla. Pero Lutero tropieza con los Jesuitas, y su victoria retrocede.

Jansenio no puede ocultar entre las páginas de un *San Agustín* de contrabando, la punta de la oreja de un Protestantismo hipócrita y bastardo; los Jesuitas le salen al encuentro, y no puede seguir adelante.

Los filósofos del siglo XVIII se mofan de la Biblia, socavan la tradición y pretenden *aplastar al infame*. Los Jesuitas se presentan en el

combate, caen vendidos por la autoridad real, que defendian; pero la tierra tiembla despues de su caida, la autoridad real se hunde, y Dios, sentenciado como vieja preocupacion, parece como que aparta sus ojos para no ver á Francia revolcarse en el horrible y enrojecido cieno de una saturnal que deshonra la historia.

¿Y entre tanto, Dios ha sido vencido? No. ¿Ha sido aplastado el infame? No. Tan imposible es esto como aquello.—Pero, ¿y los Jesuitas? ¡Ah! Los Jesuitas pueden morir, es cierto; ellos no participan ni de la eternidad de Dios, ni de la inmortalidad de la Iglesia en el tiempo.—Pero viven. ¿Quereis una prueba? Contad sus enemigos.

¿Habian de aullar tantos ódios al rededor de un sepulcro?

Comprendo estos ódios y á las gentes que son atormentadas de ellos. Es natural, casi legítimo, que los protestantes ódien á los Jesuitas; concíbese tambien este ódio en los oscuros restos del jansenismo sepultados en su

rincon, y áun en la trasnochada posteridad de los filósofos del siglo XVIII, y sobre todo, en la muchedumbre infeliz de los atormentados por una decepcion eterna, cuyo suplicio es incesantemente avivado por la industria de los tribunos. ¿Pero y los demás? ¿Pero y la inmensa mayoría de los que no son protestantes, ni jansenistas, ni filósofos, ni tribunos, ni presa de los tribunos?

¿Llegarán estos alguna vez á comprender que la verdad, al batirse en retirada, no pueda arrojar al lobo nada, ni á Dios, ni la Iglesia, ni siquiera los Jesuitas? ¿Llegarán á comprender tambien que así conviène, toda vez que el lobo se dejará llevar siempre de sus instintos devoradores?

Los Jesuitas, sin embargo, no piden gracia á nadie. Intrépidos, como quien tiene tranquila su conciencia, dan resueltamente al César lo que es del César y á Dios lo que es de Dios.

¿Por qué habian de amedrentarse, ellos, nacidos para el peligro, é hijos de la persecucion prometida?

Para combatir es preciso vivir, y la muerte disuelve todos los votos, hasta el del heroismo.